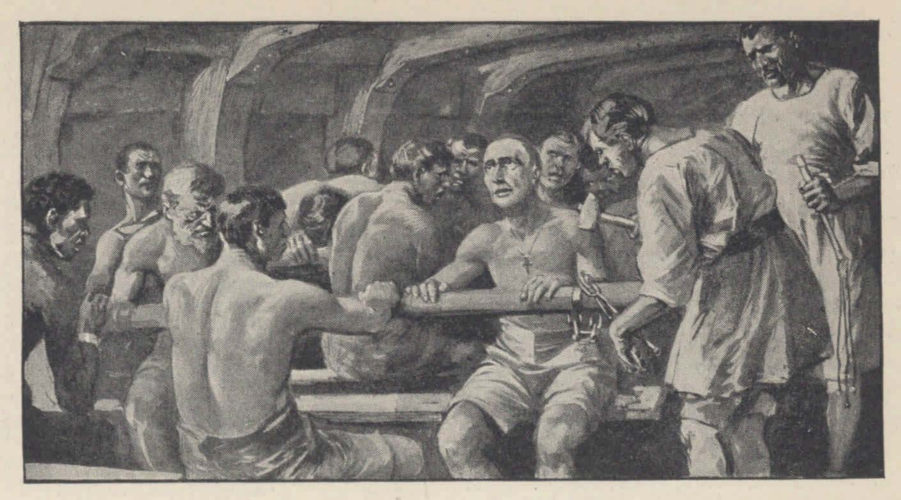


EL AMIGO DE LOS ESCLAVOS

HACE aproximadamente tres siglos, cuando los barcos de aquellos tiempos se aventuraban por los mares con el constante temor de ser capturados por los piratas, un bajel francés, que bordeaba el golfo de Lión, fué apresado por tres corsarios africanos. El capitán fué asesinado y toda la tripulación y pasajeros, entre los que se hallaba un joven sacerdote, llamado Vicente de Paúl, fueron cargados de cadenas y encerrados en la cala del barco corsario.

Allí los prisioneros fueron cruelmente tratados sin tener en consideración que muchos de ellos sufrían aún de las heridas recibidas durante la defensa de su nave. Finalmente, habiendo arribado al puerto de Túnez, fueron vendidos como esclavos, en el mercado de aquella ciudad.

El joven sacerdote hizo cuanto pudo por animar a sus compañeros de cadena y él mismo fué vendido, primeramente, a un pescador y, más tarde, a un médico moro. Cobró éste tan singular afecto a aquel inteligente joven, que le prometió la libertad y vida llena de honores y comodidades si consentía en hacerse mahometano, pero el sacerdote le contestó que prefería vivir esclavo antes que renunciar a la religión cristiana.

Algún tiempo después, murió su amo, y fué nuevamente mercado por un hombre, natural de Venecia, que había abjurado el cristianismo. Vicente de Paúl fué destinado a la labranza de los campos de su señor. En sus ocios gustaba de conversar sobre la religión con la mujer de su amo; cuando por las palabras del esclavo, descubrió aquélla a cuán hermosas creencias había renunciado su esposo, sintió por ello gran pesar, y así le persuadió a que de nuevo se hiciese cristiano.

Cosa difícil era esta en un país mahometano, y ante tal obstáculo amo y esclavo huyeron en un bote hacia Europa.

La vida de Vicente de Paúl, estuvo llena de vicisitudes, e invirtió la mayor parte de ella en hacer bien a cuantos encontraba a su paso. Visitaba y confortaba a los enfermos de un hospital de París y fué por algún tiempo tutor de la familia del conde de Joigni, quien tenía a su cargo la inspección en los puertos, de los barcos galeotes, o galeras, como se los llamaba en aquel tiempo.

Sabía el piadoso sacerdote qué cosa era ser esclavo, y así, al ver los sufrimientos de aquellos desventurados, el corazón le estallaba en el pecho. Animado por un noble sentimiento de misericordia, no descansó hasta conseguir del rey Luis XIII, permiso de ayudarles en todo lo posible y especialmente con limosnas. El monarca le nombró limosnero real.

Un día en que visitaba una cadena de galeotes, en Marsella, vió a un infeliz que gemía más que por el peso de los hierros, por el dolor de pensar en las estrecheces y penalidades que sufrirían su mujer y sus hijos, faltos de su ayuda y protección.

Entre aquellos miserables había más de uno que estaba allí injustamente o que fué castigado con demasiado rigor por leves faltas; tal debía ser aquel pobre hombre. Este pensamiento conmovió a Vicente de Paúl, que resuelto a lograr la libertad de aquel infeliz e incapaz de contemplar por más tiempo su dolor y miseria, ideó la más noble y desinteresada acción imaginable: ocupar su puesto en la galera.

El carcelero, el cual le era conocido, le ayudó en su empresa, dándole permiso para sustituir al galeote.

Quitaron, pues, a éste las esposas, que pasaron a las muñecas del sacerdote, el cual ocupó un lugar entre aquellos delincuentes.

No obstante aquella áspera vida e ímprobo trabajo; el contacto con aquellos foragidos y la molestia de las cadenas, quebrantaron en tal grado su salud, que aunque fué muy pronto puesto en libertad, toda su vida se resintió de tan acerbos sufrimientos.

Secundado por su amigo el conde, conquistó los corazones de aquellos criminales y les enseñó a tener esperanza y a respetarse a sí mismos; y merced a su solicitud, mejoraron las condiciones de cárceles y galeras.

Este magnánimo varón, consagró toda su vida y fortuna al alivio del afligido. Recolectó dinero y con él compró y dió libertad a 1.200 esclavos. Fundó la orden de Hermanas de la Caridad, que tanto bien hace en todo el mundo, cuidando a los enfermos y amparando a los huérfanos y ancianos.

Impulsó a obras piadosas a los reyes de Francia e indujo al monarca a que persuadiese al bey de Túnez de que debía permitirle fundar una misión en provecho de los cristianos esclavos de los moros en el Norte de África. En efecto, unos misioneros llamados « Lazaristas » desembarcaron allí en lo más agudo de una epidemia, y solícitos cuidaron de moros y cristianos.

Muchos años transcurrieron antes de que Francia e Inglaterra acabasen con la piratería en aguas del Mediterráneo, pero es innegable que la humanitaria idea de suprimir el tráfico de esclavos, brilló en el cerebro de ese hombre bondadoso que conocemos bajo el nombre de Vicente de Paúl.

GRANDES HOMBRES DE HUMILDE ORIGEN

INNUMERABLES son los hombres que, nacidos en la pobreza, han logrado con su talento y constancia en el trabajo llegar a ocupar puestos eminentes en la sociedad, y legar un nombre ilustre a sus hijos, a su patria y a la humanidad. Esopo y Epicteto, célebre fabulista el primero y afamado filósofo estoico el último, fueron primeramente míseros esclavos. El eminente botánico, Linneo, el gran trágico, Shakespeare, el descubridor del Nuevo Mundo, Cristóbal Colón; los célebres inventores Fulton y Morse; los ilustres patriotas Lincoln y Benito Juárez, todos ellos procedieron de humilde cuna. Franklin, sabio e inventor del pararrayos, fué hijo de un fabricante de jabón; Sixto V, papa, pasó su niñez en el humilde oficio de mozo de cuadra; el pontífice Adriano V., fué barquero; Copérnico, celebérrimo astrónomo, hijo de un humilde panadero; y Sócrates, filósofo sapientísimo y gran moralista griego, fué hijo de un mísero escultor.

Estos y otros muchos hombres célebres, cuya lista pudiera hacerse interminable, son una prueba de que los caminos de la distinción y de la gloria no están cerrados para nadie que ame el trabajo y huya de la pereza y de la molicie. Con la perseverancia en el trabajo, no sólo practicamos la virtud y evitamos el vicio, sino que podemos convertirnos en causa de infinitos bienes para nosotros mismos y para la sociedad.

El Libro de hechos heroicos

CHURRUCA

ES la firmeza una virtud, por la cual el hombre recto se sostiene inmutable dentro de la severidad de sus principios, inflexible en el cumplimiento de sus deberes, aun cuando le amenacen los mayores peligros.

Pocos ejemplos de verdadera firmeza registra la historia que igualen al que dió el célebre marino español, Cosme Damián de Churruca, en el combate de Trafalgar, el 21 de Octubre de 1805.

El famoso expedicionario del estrecho de Magallanes y de Méjico; el autor de tantas obras útiles a la ciencia, que demuestran profundos conocimientos de filosofía, matemáticas, astronomía, estrategia y disciplina militar; del atlas marítimo de las Antillas; de 34 cartas esféricas y mapas geométricos, y de otros muchos trabajos científicos, que sería largo enumerar, murió lleno de gloria en el combate en que perdieron sus vidas Nelson, el almirante inglés, y tantos otros héroes, como el célebre duque de Gravina, teniente general de la marina española.

A sus vastos conocimientos como marino, reunió Churruca con grande aprovechamiento el estudio de las Bellas Letras. De él se conservan borradores muy extensos de observaciones, cálculos y proyectos de gran importancia, escritos con galanura de estilo y florido lenguaje.

En sus costumbres fué siempre Churruca austero y sumamente ordenado. Muy celoso de su honor, nada había que le moviese a ceder en este punto. Nunca hizo uso del aprecio con que le distinguía el monarca, ni del favor de los ministros, ni del valor de sus trabajos, para solicitar recompensas; y de ahí que sólo alcanzara los grados que le correspondieron por ascenso regular. Cuando ejercía un mando, daba ejemplo, para mejor hacerse obedecer de los inferiores; fué exactísimo en el cumplimiento de la disciplina, y sin aspereza ni severidad excesiva lograba que la observasen todos. Mandaba, en fin, con el ejemplo y las precauciones, para evitar los delitos y excusar los castigos, que le repugnaban; y, si llegaba la ocasión de imponer éstos, agotaba todos los medios de templar el rigor, sin frustrar los fines de la ordenanza.

Por los últimos años de su existencia vió sublevada en Cádiz parte de la tropa de infantería de marina que guarnecía el *San Juan*; condenados a muerte aquellos soldados, aunque él no era, en ningún sentido, responsable de la sublevación, logró que el rey les perdonara la vida. Con este motivo escribía en primero de Octubre de 1805, a un hermano suyo: «Te remito adjunta una copia de la orden de ayer en la escuadra, para que veas por ella la doble satisfacción que tengo de haber salvado la vida de cuarenta desgraciados, que se me amotinaron a bordo, y que tanto el rey como el generalísimo hayan apreciado mi mediación; constará a la posteridad que no pude provocar yo con mi rigor excesivo un atentado que no tiene ejemplo en nuestras tropas de marina».

El espíritu íntegro y tenaz del inmortal marino guipuzcoano se ve patente en las palabras que escribió a un amigo suyo, poco antes de zarpar de Cádiz con la escuadra para el combate de Trafalgar: «Si tú oyes decir que mi navío es prisionero, cree firmemente que yo he muerto». Y así fué. Aquella voluntad de hierro, puesta a prueba en muchas ocasiones, y sobre todo en el sitio de Gibraltar, cuando arriesgó su vida para recoger a los heridos de las baterías flotantes que destruyeron los ingleses, jamás cedió en el cumplimiento de los deberes que le encomendó la patria, y menos que nunca en aquel memorable día.

El 20 de Octubre de 1805 zarparon de Cádiz las escuadras combinadas francesa y española, al mando la primera del almirante Villeneuve, y la segunda del teniente general, don Federico Gravina; y al día siguiente, 21, en las aguas del cabo de Trafalgar, se verificó el

encuentro que se esperaba con la escuadra inglesa, que, mandada por Nelson, bloqueaba a Cádiz.

Puesta la armada francoespañola en línea de batalla, y en tal orden que el navío *San Juan*, mandado por Churruca, quedaba el último a retaguardia, se trabó el obstinado, sangriento y memorable combate.

Cinco navíos, uno de ellos de tres puentes, cayeron sobre el *San Juan*, que rompió el fuego cerca de las doce y media, recibiendo sucesivamente el de todos ellos por la mura de babor; dos de los barcos enemigos pasaron adelante; los otros tres quedaron batiéndose, a saber: dos por babor, y el *Dreadnought* al costado del *San Juan*, a medio tiro de pistola, por la aleta de popa, habiendo vuelto a agregarse por entonces los navíos que al principio del combate se habían adelantado, y uno más que se acercó luego, por lo que el *San Juan* tuvo que batirse contra seis navíos.

Churruca, desplegando sus talentos y denuedo en tan críticos instantes, velaba sobre todo, y con una serenidad y firmeza que causaban asombro, hacía las punterías por sí mismo y mandaba las maniobras con la bocina de combate, al mismo tiempo que imponía respeto a fuerzas muy superiores, sin que hubiesen los ingleses intentado el abordaje.

Así se sostenía, cuando al volver de proa, donde acababa de apuntar un cañón con cuyo tiro desarboló a un navío enemigo que le batía por aquel punto casi impunemente, le alcanzó una bala de cañón que, llevándole la pierna derecha hasta más arriba del muslo, le derribó: irguióse sublimemente el intrépido marino, y resistiendo el horrible dolor que sentía, mandó traer un barril lleno de harina, en la cual hundió el extremo del miembro destrozado, para contener la hemorragia, y en tal actitud se mantuvo firme, dirigiendo el combate y haciendo gran daño al enemigo.

Con heroico gesto, mandó que se clavara la bandera y que no se rindiese el navío mientras a él le durase la vida. Poco después expiró.

Asombrados quedaron los ingleses de la heroica defensa del *San Juan* por el valeroso Churruca y su gente, y honraron por muchos años la memoria del insigne marino con singulares muestras de respeto. El casco del navío se conservó por algún tiempo en la bahía de Gibraltar, con la cámara del comandante cerrada y una lápida sobre la puerta con el nombre de Churruca en letras de oro. Y si alguna vez se abría aquella estancia para satisfacer la curiosidad de alguna persona de distinción, se le advertía que entrase en ella descubierto y con la mayor compostura, como si dentro viviera aún el ilustre guipuzcoano.

Cuando falleció Churruca, nombróle el rey teniente general, y más tarde, en 1812, se erigió a su memoria una magnífica fuente en forma piramidal y elevada, terminada en una urna. Este monumento se alzó en el Ferrol, a expensas de la ciudad y del capitán general. En las cuatro caras de la pirámide que sostiene el vaso cinerario se leen inscripciones alusivas a las virtudes y gloria inmortal del heroico marino, orgullo y prez de la nación española.

